

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Héctor AD Quintanar Pérez
rangerquintanar@hotmail.com

El pueblo al lado del camino

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana

Número 59, enero-marzo 2022, pp. 42-45.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México

*Fotografías de: Héctor AD Quintanar Pérez



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

EL PUEBLO al lado del camino*

Héctor AD Quintanar Pérez

En el pasado reciente, la historia gumuz no ha cambiado demasiado; si bien ya no es legal el comercio de personas, una vez concluida la época imperial en 1974, el régimen militar marxista-leninista del coronel Mengistu Haile Mariam estableció una dictadura en la que muchos de los hombres gumuz fueron enlistados en el ejército para ser parte de las filas del régimen militar.

Etiopía

“Allá, antes, había un río y podías ver animales salvajes corriendo por el pastizal”, me dice el padre Isaías, señalando con su largo brazo una fábrica de cemento con letras chinas grabadas en la parte frontal de la gran construcción, que tapa las exuberantes montañas con su gran figura, y la humareda que sale de sus chimeneas. El padre continúa su relato contándome las épocas cuando era un joven misionero, que recorría estos mismos caminos en los llamados “safaris”¹ y podía ver los paisajes etíopes vírgenes. Mientras me relata sus vivencias para amenizar el viaje de más de 16 horas en la vieja Land Rover blanca –que recuerda

aquellos documentales sobre genocidios donde algunos cascos azules asomaban discretos y atemorizados de las turbas armadas–, el padre esquivo cientos de baches, a los que parece tan acostumbrado que incluso en ocasiones me mira directamente a los ojos cuando habla, ignorando el camino.

Benishangul es una de las nueve regiones administrativas en las que se divide Etiopía, basadas en las mayorías étnicas que habitan estas regiones cuyas diferencias culturales en muchas ocasiones han derivado en conflictos cercanos a la guerra civil. Ahora mismo hay una paz tensa dentro de los límites etíopes, pero en diversos poblados es común observar edificios quemados o destruidos que recuerdan la violencia del pasado reciente,

como una advertencia de lo que puede llegar a suceder si se transgreden los intereses de los grupos políticos dominantes. Benishangul es una tierra fértil, prácticamente inexplorada, rica en nutrientes esenciales para producir sorgo y granos con los cuales poder desarrollar una agricultura industrial, el gran sueño del primer ministro: promover a Etiopía como una potencia industrializada. Este gran sueño es el que ha atraído a los chinos e italianos. Es bastante común encontrar algunas pipas o camiones de empresas chinas, volteados y fosilizados en las mismas carreteras que ellos construyeron.

“Ya estamos en Benishangul, en unas horas llegaremos a Gublak”, me comenta airoso el padre Isaías después de 16 horas de viaje, y de nuevo señala con su largo brazo a una mujer de piel negra que carga dos baldes de agua balanceándolos en un palo sobre su hombro izquierdo. Al parecer ese estilo de cargar agua es exclusivo de los gumuz, una característica que los diferencia de sus coterreños oromo, la etnia que desde hace unos años ha invadido las reservas de Benishangul con la bendición del gobierno en turno; estos compran las tierras por un precio muy bajo y ponen negocios a lo largo de las incipientes carreteras hechas por empresas chinas que también están cruzando las reservas causando devastación y alterando el ecosistema.

El poblado de Gublak es una pequeña aldea de casas de adobe, situadas al lado de un camino de terracería que pretende ser una carretera en algún momento. Atrás de esos caseríos, en un patrón bastante disperso, también se observan las chozas de palma y adobe tradicionales de los gumuz, de base circular y donde, por las noches, se escuchan cánticos tribales y se aprecia el resplandor del fogón, las familias se reúnen por

las noches a contar historias, cantar y comer. Los lugareños señalan con cierto orgullo el camino de terracería porque dicen que los conecta con Sudán, país con el que los gumuz mantienen un parentesco étnico y donde algunas familias tienen su origen. Atrás de las construcciones de adobe se alzan también algunas chozas casi escondidas entre la maleza, de las que, de a poco, niños desnudos van saliendo por las mañanas a tomar el fresco matutino y esperar al lado del camino a sus amigos, para dedicarse la mañana entera a jugar alrededor de los charcos que la copiosa lluvia nocturna formó y que la resolana mañanera poco a poco seca, creando un sofocante calor desde prácticamente el alba.

En esta pequeña aldea habitan alrededor de quinientas personas, de las cuales más de la mitad son oromos que desde hace unos años se han instalado para dedicarse sobre todo al comercio de productos agrícolas y ganaderos. Los domingos, por ejemplo, se conforma una pequeña plaza cerca de una gran antenna, que es como el centro del pueblo, y ahí se alzan y extienden puestos de sorgo, ropa, productos básicos y plásticos para la subsistencia. Para los gumuz esto ha significado una invasión descontrolada. Uno de los misioneros responsables de una capilla cristiana de Gublak me comenta que hace algunos años, antes de que ocurriera esta invasión, el ejército hizo una redada para “desarmar” a los pobladores locales gumuz, quienes por milenios portaban arcos y flechas por seguir su tradición cazadora-recolectora. El pretexto fue un conflicto acaecido tiempo atrás, donde un hombre gumuz mató a otro mientras estaban borrachos, y entonces se les puso la etiqueta oficial de ser un pueblo violento, por lo que el nuevo gobierno intentó moralizar su comportamiento. Incluso se

prohibió a las mujeres la desnudez de su torso, despojándolas de ese rasgo identitario que por milenios caracterizó a este grupo, y obligándolas a usar blusas o playeras, cosa que ellas hacen por cumplir con la ley. Usualmente se ponen una playera que dura hasta que se desprende hecha jirones de su cuerpo.

De tradición nómada y religión con creencias basadas en el culto a Lachi, una entidad que funge como controladora del todo, como una energía negativa o positiva dependiendo de la situación, los gumuz llevaron por milenios una vida tranquila, paseando por las estepas y praderas de Benishangul y buscando lugares estacionales donde pudieran establecerse temporalmente para cazar y subsistir. Dentro de la mitología se cuenta que ellos vivían en las riberas del Nilo Azul, pero las constantes invasiones los obligaron a replegarse y desarrollar una tradición guerrera para defenderse de los repetidos ataques. Por su condición nómada y por moverse en grupos de familias reducidos, fueron presa fácil de los esclavistas europeos y también africanos, sobre todo sudaneses, quienes durante siglos realizaron invasiones sistemáticas a la región etíope para adquirir esclavos de etnias minoritarias: las *razzias*, nombre árabe que se les dio a estas pequeñas pero constantes incursiones.

Incluso en el siglo xx se habla de que el régimen imperial de Haile Selassie permitió el comercio de esclavos gumuz hasta su deposición, ya entrada la década de los setenta del siglo pasado. En el pasado reciente, la historia gumuz no ha cambiado demasiado; si bien ya no es legal el comercio de personas, una vez concluida la época imperial en 1974, el régimen militar marxista-leninista del coronel Mengistu Haile Mariam estableció una dictadura en la que muchos de los hombres gumuz fueron enlis-

tados en el ejército para ser parte de las filas del régimen militar del DERG² y llevar a cabo una encarnizada lucha armada con Eritrea. Esta pugna dejó como saldo un conflicto internacional, así como varias épocas de hambruna documentadas internacionalmente.

Escenas de esta época fueron retratadas por el veterano fotógrafo Don McCullin o el mismo Sebastião Salgado, convirtiendo sus imágenes en íconos de los rostros detrás de la tragedia provocada por las guerras civiles. Del mismo modo, Etiopía se enfrascó en un conflicto en contra de Somalia, que aprovechó la inestabilidad política para lanzarse en 1977 en una invasión para tomar los terrenos centrales etíopes, donde habita también una mayoría poblacional de origen somalí. En esta lucha intervinieron incluso los soldados cubanos al mando del tristemente célebre Arnaldo Ochoa, un general de división que apoyó la estructura socialista soviética propuesta por el DERG y que fue responsable de las misiones cubanas en Angola y Etiopía, al mando de soldados y asesores cubanos que peleaban muy lejos del sol que calienta la Habana. Posteriormente, fue acusado de traición a la patria y condenado a muerte.

De aquellas épocas aún quedan las huellas de profunda impronta en la cotidianidad, actualmente incluso conviviendo en el mismo espacio los oromo y los gumuz; es prácticamente imposible que se junten para realizar actividades, y mucho menos que puedan contraer matrimonio entre sí miembros de estas etnias. Por el camino antes mencionado que lleva a Sudán, usualmente solo transitan camiones de pasajeros que se dirigen a otras aldeas, así como gruesos transportes industriales con siglas chinas que se dirigen a la frontera con Sudán o algún otro puesto carretero como este, donde

paran a tomar café o alguna cerveza en los comercios locales.

Tiene alrededor de diez años que comenzó la invasión del territorio gumuz, fecha en la que comenzó la construcción de la carretera que atrajo a los oromo en esta cruzada gubernamental de modernización, y donde también se ha iniciado una carrera por “moralizar” a la población bajo un adoctrinamiento religioso basado en las creencias musulmanas y de la Iglesia ortodoxa, siendo esta última el mayor culto oficial en Etiopía. Los gumuz tienen un carácter poco apegado a los rituales religiosos a los que los occidentales estamos acostumbrados; de hecho, en la cominidad de 500 personas cohabitan cerca de cuatro religiones diferentes y es bastante común ver cómo los niños rezan en la capilla cristiana para que les regalen un desayuno los misioneros, y por la tarde ingresan con sus padres al templo ortodoxo. Prácticamente es una competencia sin pies ni cabeza por convertir a las diferentes religiones, siendo los niños y las mujeres los principales conversos de todos los cultos por el interés que existe en los regalos, desayunos, comidas y cenas que ofrecen los templos a quien quiera convertirse.

Esa campaña por la modernidad ha ido poco a poco tergiversando los usos y costumbres tradicionales gumuz. Algunos de ellos están muy de acuerdo con la disposición gubernamental, como me cuenta un muchacho que habla un inglés incipiente y todos los días está sentado a un costado del camino con su currículum en mano en espera de que pase algún contratista y se lo lleve de ahí. Va vestido siempre con una impecable playera del River Plate y contrasta con los jirones de ropa que usan las mujeres que vienen del campo, cargando a sus espaldas bidones de agua colgados a un palo y en muchas ocasiones a sus hijos o nietos también colgan-

do de la espalda. La desigualdad entre los hombres y las mujeres gumuz es también notoria; por los caminos se observan mujeres, jóvenes y adultas, trabajando y llevando a cuestas a sus hijos, mientras que a todas horas es también común ver a los hombres haraganeando o mascando khat, una hoja local que produce efectos psicoestimulantes.

Una tarde lluviosa que mis botas se quedaron atrapadas en el fango, me detuve en uno de estos sitios de descanso. Mientras me preparaban un pequeño vaso de café al estilo etíope, lo cual incluye la molienda a mano del grano, observé que desde adentro de la choza en cuyo patio estaba sentado, por lo menos dos chicas adolescentes me observaban curiosas. Una de ellas, la menos tímida, se atrevió a salir y hablarme en un inglés muy rudimentario:

“Hello, do you need something?”, preguntó, mientras me sonreía con una coquetería bastante ensayada y echaba hacia atrás su cabeza, dejando lucir el color dorado con el que se había maquillado las sombras de sus ojos y que iba a tono con su color de cabello platinado, contrastante con su piel oscura. Ante tal escena no fue difícil imaginar qué tipos de negocios son los que buscan los camioneros y que se encuentran escondidos tras la fachada mal hecha de los cafés y restaurantes. Tomé mi café, le sonreí y me fui mientras ella insistía en hablar palabras dispersas en inglés, esperando atraerme como su cliente. Mientras me despedía me miró a los ojos y dijo: “I love you”, más con un tono burlón que con sentimiento, obviamente.

Cuando le comenté el incidente a Elvis, uno de los trabajadores de la misión comboniana con quienes pude tener una excelente amistad y que me apoyaban como traductores, profirió una sonrisa tristonera y me dijo: “En efecto, son burdeles. Las chicas solo pueden

vivir de eso. Los camioneros paran y buscan mujeres que se prostituyen por poco dinero. Algunas de ellas son unas niñas. Es bastante triste, pero si te das cuenta, la situación de las mujeres gumuz es bastante mala”.

La sociedad gumuz tiene una estructura basada en valores patriarcales, donde la mujer es prácticamente invisible ante cualquier tipo de privilegio y carece de los derechos humanos fundamentales. Por desgracia, aún se practica la venta de niñas a cambio de terrenos o alianzas matrimoniales con adultos mayores, que pueden tener cualquier número de esposas, y donde incluso son obligadas a vivir en la misma choza que las anteriores esposas de su marido. El mismo padre Elvis me ha comentado que se han reportado muchos suicidios de niñas debido a esta práctica, pues se niegan a ser esposas desde los 11 años y vivir la vida promedio de la mujer de ese grupo étnico, sin derecho a la educación, a la diversión o a cualquier cosa que no sea pasar una vida de trabajo diario y como madre de por lo menos tres hijos.

Nahné es una mujer de edad prácticamente incalculable. Todos los días que la vi usaba vestidos de colores chillantes y alegres, muy a tono con su personalidad; todos sabíamos que ella estaba cerca porque su risa era estridente y ruidosa y por lo general la acompañaba con aplausos. Cuando pude entrevistarla, tomó con sus ásperas manos mi rostro y colocó sus mejillas contra las mías: las cicatrices de tatuajes tribales que conforman figuras geométricas bajo sus pómulos llegaron a erizarme la piel ante la sensación. Se sentó frente a mí y comenzó a relatar-me algunos aspectos de su vida y la anterior alegría, expresada hacia unos instantes, se desvaneció.

Nahné se casó muy joven con un hombre mayor que le dio tres hi-

jos; el mayor de ellos ya está casado. Hace unos años cayó enferma de malaria, un padecimiento común, y empeoró de tal manera que las fiebres y malestares la hicieron perder mucho peso y le era imposible controlar sus necesidades básicas, orinando y defecando en cualquier lugar. Su esposo le construyó un pequeño jacal donde la encerró y solamente le daban de comer.

“¡Vivía peor que los animales de nuestra casa!”, me dice sin perder la calma pero haciendo unos chasquidos con sus dedos.

No fue hasta que, con ayuda de los misioneros y el grupo de médicos de la clínica local, pudieron llevarla a un hospital a más de 300 kilómetros (el más cercano) y después de casi medio año pudo recuperarse y sobrevivir. Hasta el día de hoy nadie le ha dado diagnóstico. Hoy, Nahné vive con sus tres hijos como madre soltera, otro aspecto negativo para la mujer entre los gumuz; pero a ella eso no le importa; está decidida a llevar una nueva vida y sobrevivir para sus hijos. Hasta donde sabe, su esposo se ha vuelto a casar después de que los abandonó a su suerte.

Como este caso debe haber muchos en la aldea y los alrededores; en efecto, mientras estuve en la aldea conocí por lo menos a una docena de enfermos de malaria y, en la clínica local, el personal, formado por alrededor de diez personas para una población de más de quinientas, no tiene el equipo ni los tratamientos necesarios para curar o proteger a los habitantes, no solo de la malaria, sino también del SIDA, padecimiento muy recurrente en esa zona por las nuevas prácticas de comercio sexual y poligamia que se han instaurado en la región, donde no existe la educación sexual y los métodos de protección ante infecciones venéreas no alcanzan para satisfacer la

Por desgracia, aún se practica la venta de niñas a cambio de terrenos o alianzas matrimoniales con adultos mayores, que pueden tener cualquier número de esposas, y donde incluso son obligadas a vivir en la misma choza que las anteriores esposas de su marido. El mismo padre Elvis me ha comentado que se han reportado muchos suicidios de niñas debido a esta práctica, pues se niegan a ser esposas desde los 11 años y vivir la vida promedio de la mujer de ese grupo étnico.

demanda. En algunos hogares hay enfermos de SIDA esperando simplemente la muerte, sin que nadie ni nadie pueda hacer algo y donde tampoco se puede evitar el contagio de manera efectiva.

Es el mes de julio, durante el verano etíope, fechas donde llueve cuatro veces al día de manera copiosa y los rayos alumbran por la tarde y la noche, la silueta de la imponente montaña negra que se luce como telón de fondo al pueblito de Gublak se distingue como un gran muro de roca. Los niños salen, juegan, al ver la cámara corren hacia mí y por arte de magia se multiplican pidiéndome fotos y soltando carcajadas sonoras al ver su propia desnudez en la pantalla del aparato. Algunos de ellos llevan colgadas monedas, llaves y corcholatas a manera de collar, que para ellos no tienen ningún tipo de valor económico más allá del estético. Alrededor del grupo, una pequeña no mayor a siete años va silenciosa andando con un bebé a sus espaldas; en algún momento me observa y sigue su camino hasta alcanzar una vereda por la que se orilla para protegerse de los autos que transitan hacia el Gublak, ese pueblo al lado del camino donde los gu-

muz viven como exiliados del que fuera su territorio y donde, al parecer, se les ha condenado de por vida a existir reviviendo su pasado en un país que se niega a verlos existir. **LPyH**

* Este trabajo contiene un enorme agradecimiento a los sacerdotes Elvis, John e Isaías, quienes me brindaron las facilidades y apoyo para poder realizarlo desde la misión que ellos encabezan. Para ustedes, todas las bendiciones y agradecimiento por su trabajo y vocación.

NOTAS

¹ Es la referencia en el lenguaje coloquial de los misioneros combonianos para referirse a los largos periodos en carretera para trasladarse a sus parroquias.

² Siglas en idioma amárico del Consejo Administrativo Militar Provisional comunista, que dominó Etiopía durante la segunda mitad del siglo xx.

Héctor AD Quintanar Pérez es fotoperiodista interesado en crear imágenes sobre la identidad cultural y el conflicto. Ha realizado coberturas nacionales e internacionales, representando a agencias de noticias.